

LA HISTORIA COMO METÁFORA
Retóricos manieristas en la historia y en las letras de América
Siglos XVI a XVIII

Lourdes Fierro Bustillos (*)

Introducción

Hipótesis: supuestos y requerimientos

Invasión para los indígenas, descubrimiento para españoles y criollos, la penetración en los llanos occidentales venezolanos avanzaba a mediados del siglo XVII desde Mérida, en Los Andes, y desde Barinas (entonces Nueva Trujillo de Barinas, hoy Barinitas),¹ en el borde del piedemonte andino. La sociedad hispano-criolla se implantaba por tierras todavía habitadas por pueblos indígenas sometidos, esclavizándolos, incorporándolos. Testimonio de este doble proceso de destrucción y formación de sociedades es la crónica que escribió fray Jacinto de Carvajal, misionero dominico, conocida como **Relación del descubrimiento del río Apure**, en 1648.

Como sucede con tantas otras crónicas de la época colonial, la de Carvajal ofrece muchas posibilidades para ahondar en el conocimiento histórico del siglo XVII venezolano y americano. Sin embargo, y no obstante reconocerse la riqueza de datos que contiene, pocos se han animado a explorarlas.² Una razón para ello puede ser el lenguaje manierista³ de su autor y la falta de una edición que preserve

* Historiadora, investigadora y editora. Dirige actualmente al equipo que prepara una colección sobre la Venezuela contemporánea para una prestigiosa editorial internacional.

1 Francisco de Cáceres, Gobernador de la Provincia de la Grita, fundó Altamira de Cáceres, la primera Barinas, en 1577. Fue reedificada después por Juan Pacheco de Maldonado, en 1628, como Nueva Trujillo de Barinas, hoy Barinitas, en las mesas de Moromoy y Curay, para impulsar la penetración hacia los llanos. En 1759 la ciudad de Barinas fue trasladada a su actual ubicación.

2 Angelina Lemo incluye a Carvajal en el ciclo de cronistas del Orinoco en su *Historiografía colonial...* (1977). Se cuenta también con el "Prólogo" que Miguel Acosta Saignes preparó para su edición de la relación de Carvajal. (Caracas, Edime, 1956); mi libro *Realidad e imagen de Venezuela en las Jornadas Náuticas (1648) de fray Jacinto de Carvajal*. (Caracas, EBUC, 1983); el trabajo de Alberta Zucchi y W. Denevan: *Campos elevados e historia cultural prehispánica en los llanos occidentales de Venezuela*, (Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1979. 176 pp.) y, por publicar, el excelente trabajo de Francisco J. Ortega M., *La Etnobotánica en el descubrimiento del río Apure (1648)*. (Guanare, mimeo, 1992).

3 Ver Arnold Hauser. *El Manierismo...* (1965); *Literatura y Manierismo...* (1969). *Historia social...* (1968).

el estilo y la sintaxis y actualice, mediante criterios serios y expresos, sólo la ortografía y la puntuación.⁴

La finalidad de estas páginas es compartir avances de una investigación más amplia que explora como hipótesis la existencia de una corriente historiográfica manierista en la América conquistada por España, integrada por autores que escribieron con apego a una retórica muy libre, que colocó sus escritos “a caballero” de la historia y la literatura.

Esta corriente historiográfica se desarrolló aproximadamente desde mediados del siglo XVI y durante todo el siglo XVII y más aún, mientras existió el gusto manierista en las artes, y en las letras europeas y americanas, y estuvo muy influida por él. Por influencia de Benedetto Croce,⁵ la historia de la historiografía se relaciona mucho con la de las artes y las razones son válidas pues las diferencias no son sólo de estilo, sino que corresponden a sistemas de valores, ideas y principios que se sustentan a su vez en otros órdenes de la realidad social.

La historiografía manierista se diferencia de la clásica o renacentista -ésta rigurosamente centrada en la historia, de estructura equilibrada y lenguaje armonioso y claro- por su fusión de lo imaginario con lo real, su estructura rebuscada y su lenguaje artificioso y oscuro. Se distingue también de la historiografía del barroco -marcada por la contrarreforma católica y de clara finalidad religiosa- por su relativa irreverencia, su búsqueda del adorno y sus alardes de ingenio y creatividad. Tener en cuenta estas variantes historiográficas contribuye a ensanchar las posibilidades de la crítica de obras de historia que tratan de América, escritas en los siglos XVI, XVII y XVIII.

Para fundamentar adecuadamente esta hipótesis se requiere de estudios más exhaustivos y geográficamente más amplios que el presente, centrado en gran medida en la obra de fray Jacinto de Carvajal. Ciertamente, un caso no hace la tendencia. Cabe sospechar que son muchos los **retóricos escritores de historia** que participaron de los valores y criterios estéticos e intelectuales del manierismo. ¿Cuán extendida estuvo esta interesante historiografía en América?

I. Hacia una definición de historiografía manierista

Los humanistas del renacimiento, fieles a Aristóteles, se apegaron a la retórica que el gran filósofo griego definió como “...la facultad de discernir en cada

4 Hoy es posible obtener buenas copias de manuscritos originales en los archivos municipales y nacionales de muchos países, lo que permite el trabajo más especializado.

5 *Teoría e historia...* (1955).

circunstancia lo admisiblemente creíble...” y utilizarlo para convencer. Recomendaba “...hacer extraño el lenguaje; porque se admira lo lejano y lo que causa admiración es agradable...” (Retórica II: 118 y III: 1,189). En palabras de Marc Fumaroli, la retórica del XVII fue “...como un gran conjunto de asuntos éticos y del conocimiento que cualquier teólogo o moralista responsable, o estudioso de cualquier tendencia, no podía dejar de tratar...”.⁶ Pero nada en las distantes palabras de Aristóteles o en las muy recientes de Fumaroli hay que justifique la inclusión de lo obviamente increíble, ni los extremados juegos con el lenguaje, como hicieron numerosos historiadores y escritores en el período indicado. Fue éste un tiempo en el que muchos se permitieron gran libertad de creación en las artes plásticas, las letras, la ciencia... y la literatura invadió también el terreno de la historia. Explorar nuevos caminos, romper las reglas de la retórica tradicional y aplicarlas riéndose de ellas, crear pautas nuevas, mostrar irreverencia... son actitudes que se descubren en muchas obras de entonces, escritas bajo el impulso de una retórica renovada. No podía ser total la libertad en este tiempo i-liberal;⁷ pronto la contrarreforma, con su creciente represión, sus sanciones y su estrategia de sumisión a la “fe verdadera” pondría fin a tanta “locura” creativa.

A. Caracterización

Los historiadores manieristas participaron del esfuerzo por superar la escolástica medieval -lógica y formal- y abrir mayores espacios para el ejercicio del ingenio. No sólo en la literatura del *Siglo de Oro* sino también en la historia es posible encontrar características como: un lenguaje que es artificio de sí mismo -abundan los neologismos y las palabras inventadas, las repeticiones, las supresiones-; una sintaxis donde son frecuentes las trasposiciones de partes de la oración, proliferan las frases y oraciones complementarias y obras, en fin, de estructura especialmente rebuscada. También en éstas se incorpora con libertad inusitada el adorno, la *maniera* o artificio, lo embellecido, con el inevitable resultado de la afectación. Los historiadores manieristas fueron casi siempre irreverentes con respecto a los tópicos del discurso clásico: la mitología greco-romana, la envidia, advertir que se escribía a instancias de amigos..., y recurrieron a la paradoja entre lo racional y lo irracional, lo comprobable y lo maravilloso, que para Nancy Struever es inherente a la retórica.⁸ Además, se valieron de pequeños engaños, acertijos, travesuras para sorprender al lector desprevenido y hacerlo partícipe de su juego creativo.

6 Marc Fumaroli. “The Fertility and the Shortcomings of Renaissance Rhetoric: The Jesuit Case”. En: O’Malley et al. *The Jesuits*. (1999), p. 93.

7 Emplea el término Marc Fumaroli, *Opus cit*, p. 90-91. Este autor propuso revalorar la retórica para comprender los paradigmas culturales del renacimiento, la reforma y la contrarreforma.

8 En: *The Language of History...* (1970), p. 87.

B. Alcance

La educación fue el medio de difusión más importante tanto de la retórica tradicional como de las nuevas tendencias. Los colegios y universidades, que en su mayoría estaban bajo el control de las órdenes religiosas, eran los centros de elaboración teórica y enseñanza, y también núcleos desde donde se difundían las novedades. Durante la segunda mitad del siglo XVI y durante todo el siglo XVII religiosos y misioneros fundaron en Europa y en América numerosos colegios y universidades. Junto con la retórica, se estudiaba también teología, filología, filosofía, lenguaje, latín y griego. Los jesuitas echaron las bases del que sería su colegio de San Hermenegildo en Sevilla hacia 1554 y en 1563 este colegio llegó a tener novecientos estudiantes, sólo en el curso de latinidad.⁹ Carvajal, como él mismo informa, estudió allí gramática, retórica y artes, posiblemente hacia 1580, antes de pasar a las Indias.

La retórica ocupó también lugar principalísimo en la educación colonial en América. Transcurridas las tres primeras décadas del siglo XVI ya se habían establecido las órdenes de Santo Domingo, San Francisco, San Agustín, La Merced¹⁰ y la Compañía de Jesús en las principales ciudades. Los dominicos regentaban en la isla de Santo Domingo, desde 1518, un Estudio General que se convirtió en la primera universidad de América en 1538 y fundaron el convento de Cartagena en 1549; en 1550 establecieron el de Santafé. En 1571 tenían además conventos en Tunja, Popayán, Tocaima, Valledupar, Pamplona, Mariquita, Ibagué, Tolú, Muzo, Santa Marta, Guatavita, Ubaqué y Tocarema y, en la actual Venezuela, el pequeño convento de Mérida.¹¹ Los jesuitas llegaron a Cartagena en 1589.¹² Con tan impresionante presencia se fue tejiendo una red muy funcional de difusión religiosa y cultural.

C. Utilidad

La retórica manierista, sin dejar de ser un método para disciplinar el pensamiento y el discurso oral y escrito, se extendió en medio de mucha controversia en Europa y en América: se evaluaban su efectividad y su conveniencia, se discutían sus tópicos y métodos, se le atacaba calificándola de “error griego”, de ser ejercicio de pedantería, de recurrir a palabras vanas para impresionar a los supersticiosos...¹³ La verdad es que los sermones y escritos de ingenio extremo no resultaban

9 Pedro Herrera Puga. *Los jesuitas...* (1971), pp. 38-39.

10 Juan Manuel Pacheco S. J. *Los Jesuitas en Colombia*. p. 35.

11 Pacheco, *Opus cit*, pp. 35-36.

12 *Ibidem*, pp. 66-67.

13 Fumaroli, *Opus cit*, p. 95.

accesibles para el pueblo común, y los retóricos lo sabían: se dirigían a los advertidos, a los cultos, sabios y prudentes, casi nunca al vulgo. No es objeto de este trabajo explicar cómo la nueva actitud retórica manierista se popularizó hasta el punto que “metaforeros” novatos y versificadores ripiosos aparecieron incluso en lugares tan recónditos como las márgenes del río Orinoco en la naciente Venezuela de mediados del siglo XVII.¹⁴

Se discute todavía hoy acerca de la utilidad de la retórica en su tiempo, en especial de la que tuvo desmedidos desarrollos. La verdad es que, al favorecer el cuidado de la argumentación, la retórica se hizo imprescindible en la política y, si bien los sermones resultaban por lo general demasiado eruditos y oscuros, movilizaron las emociones en ciertos auditorios. Las estrategias retóricas -ha escrito Marc Fumaroli- fueron útiles para el trabajo en comunidades muy diferentes, como eran las indígenas, africanas y hasta entre los sectores aristocráticos, por su carácter festivo y su propensión a la alabanza: “...los retóricos emprendieron actos de celebración que contribuían a crear en algunos ambientes un clima de humana calidez”.¹⁵ Posiblemente recursos como los mencionados contribuyeron a mitigar el impacto de la crueldad de aquella sociedad que practicaba horribles ajusticiamientos públicos en hogueras y horcas, y liquidó a pueblos enteros en su expansión.

Desde el punto de vista de la historia, la retórica obligó a quienes se ocupaban de ella a prestar la mayor atención al discurso escrito. En cuanto al adorno, la habilidad del historiador manierista consistió en no encubrir totalmente la realidad; en separar claramente lo fantástico y verosímil, de lo supuestamente verdadero, histórico.

II. ¿Una historiografía manierista americana?

Una exploración somera de algunas colecciones de fuentes para la historia colonial americana conduce hasta muchas obras de historia con características como las aquí señaladas. Lamentablemente las de muchos historiadores manieristas fueron corregidas antes de su publicación mientras los autores se auto censuraban, especialmente en las regiones donde la inquisición tuvo fuerte presencia. Tal pudiera ser el caso de fray Gaspar de Villarroel (n. Quito, ca. 1587 – m. Charcas, 1665), el criollo, sacerdote de la Orden de San Agustín que llegó a ser Obispo de Arequipa (Perú) y publicó en su madurez una obra de su juventud, después de haber “...espumado el ingenio...”.¹⁶ O el del jesuita Rodrigo de Barnuevo (n. España

14 Acerca de la influencia de las obras de Luis de Góngora en América ver: Emilio Carilla, *El gongorismo...* (1946).

15 *Ibidem*, p. 98.

16 Gonzalo Zaldumbide. *Cuatro clásicos americanos...* (1951), p. 192.

1587-m. ca 1653), quien llegó a Perú en 1604 y escribió entre otras obras la **Relación Apologética ...del antiguo como nuevo descubrimiento del río de las Amazonas o Marañón ... para el desagravio de lo que lenguas y plumas imputan a la Compañía de Jesús...** Barnuevo concluyó su defensa de la Orden con estas palabras de expresión y retórica típicamente manieristas:

“Aquí sí que venia bien decir que es aquéste delito de religiosos indigno; pero cállelo mi pluma, cuando es verdad tan conocida que la pueden alcanzar no solamente los doctos de los entendidos, pero aun los menos atentos del vulgo y los que más ciegos se hallan de la Envidia...”¹⁷

Barnuevo escribió la obra mencionada en respuesta al Memorial de Cristóbal de Acuña (n. Burgos, 1597- m. 1670), también jesuita, sobre el redescubrimiento del río Marañón después de la rebelión de Portugal, en el que proponía cruzar el continente de Oeste a Este por dicho río para escapar de los corsarios que asolaban el Caribe. Su obra, titulada **Nuevo descubrimiento del Gran río del Amazonas, en el año 1639**, es otro excelente ejemplo de la historiografía retórica. Nótese, por ejemplo, el juego con el adjetivo nuevo:

“...Lo primero, con prometerle un nuevo mundo, Naciones nuevas, Reinos nuevos, ocupaciones nuevas, modo de vivir nuevo, y para decirlo, en una palabra, un Río de agua dulce navegado por más de mil trescientas leguas, todo desde su nacimiento hasta su fin, lleno de novedades...”¹⁸

La ortografía y la puntuación de las obras consultadas fueron modernizadas por sus editores, lo que facilita mucho su comprensión, pero cabe sospechar que además fueron corregidas para hacerlas más sencillas; no obstante, si tal fuera el caso, por todas sus líneas se asoma la irreverencia del manierismo. Además de los pocos autores aquí mencionados, muchos otros son también representativos de esta historiografía en América.

A. *Francisco de Fuentes y Guzmán (Guatemala)*

(n. Santiago de los Caballeros, ca. 1643 - m. Sonsonate, ca. 1699).

Fuentes y Guzmán era criollo nacido en Guatemala y descendía de Bernal Díaz del Castillo (su re-bisabuelo). Se formó posiblemente en el colegio jesuita

17 Rodrigo de Barnuevo, *Relación apologética...*(1604). En: Francisco de Figueroa, *Informes de jesuitas...* (1986), p. 135.

18 Cristóbal de Acuña, *Nuevo descubrimiento...* (1639).En: Figueroa, *Opus cit*, p. 135.

de San Lucas, en Santiago de los Caballeros y fue regidor del Ayuntamiento de Guatemala, luego Alcalde Mayor de Totonicapán y después de Sonsonate, ciudad donde murió. Legó a la posteridad una obra monumental de historia cuyo solo título denuncia el estilo: **Recordación florida**, fechada en 1690. De este autor se conocen otras obras: **Norte Político**, **Preceptos historiales**, **Vida de Santa Teresa de Jesús** (en verso; lamentablemente perdida) y **El Milagro de la América**.

a) *La Recordación florida*

Llama la atención el título literario para una obra de historia. Fuentes y Guzmán resolvió el dilema de la misma manera que Carvajal en sus **Jornadas náuticas**: con un largo título que aludía tanto a lo literario como a lo histórico: **Recordación Florida, Discurso Historial y Demostración Natural, Material, Militar y Política del Reino de Goathemala**. El manuscrito reposa en el Archivo de la Municipalidad de Ciudad de Guatemala; tiene 617 folios con 1.234 páginas, más 15 folios del índice, en papel sellado de 1699. Justo Zaragoza publicó por primera vez la obra -aunque incompleta- en Madrid (Biblioteca de los Americanistas, 1882-1883). Una segunda edición salió a la luz completa en Guatemala (Biblioteca de Autores Españoles, 1932-1933. 3 vols). De ella ha dicho Carmelo Sáenz de Santa María en el excelente *Estudio preliminar* de su edición de 1969: “Por lo que hace a la ortografía es sencillamente anárquica: no es muy coherente la de Fuentes, pero la edición de Guatemala [1932-1933] añade sus propias incoherencias a las originales de nuestro escritor y el resultado es lamentable”.¹⁹

b) *El estilo*

Fuentes confesaba haber encontrado en la obra del jesuita Salvador de la Fuente, su maestro de retórica, los preceptos que orientaron su trabajo de escritor.²⁰ Se esforzó por ser designado Cronista de Indias, pero no lo logró aunque el presidente de Guatemala, Jacinto de Barrios Leal, lo distinguió de hecho como tal.²¹

Del mayor interés para la exploración que proponemos -acerca de la existencia de una corriente de historiografía influida por el manierismo- son las dos páginas insertas en uno de los manuscritos que subsisten de la **Recordación**

19 Carmelo Sáenz de Santa María, “Estudio preliminar” a las *Obras históricas de Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán*. (1969), p. XLVIII.

20 *Ibidem*.

21 *Ibidem*, p. XXXVIII.

florida..., atribuidas a otra mano por Juan Gavarrete ²² y que Carmelo Sáenz admite como escritas por el propio Fuentes. Para muestra bastan pocas líneas:

1. De las dos páginas puestas en duda por Gavarrete:

...No hubo remota, miserable Provincia, ni desbalida rústica aldea, de quien a repetidos parleros ecos, no pregone algún ilustre blasón la clara sonora trompa de la vocinglera Fama, o porque la ciega variable Diosa, hizo la rotulasen los apartados antaños siglos, en las lustrosas vivaces láminas de la inmortal Historia, por alguna particular estimable prerrogativa, o por alguno de sus heroicos, amantes hijos, a cuantas remotas dilatadas provincias visita el claro luciente Febo... ²³

2. De la **Recordación florida**:

...Y como quiera que en aquellos dichosos y felices siglos, ilustrados con hombres que eran alumnos de la fama, todo era andar de unas partes á otras, entregado al celo heroico de las conquistas y reducción de la tierra de este Noble Reino de Goathemala, no se cuidó de recomendar á las prensas lo que no era acción del ejercicio militar, y aun mucho de ello se omitió; dejando de escribir muchas cosas maravillosas y lo magnífico e ilustre de algunas poblaciones ... ²⁴

c) *La crítica*

Como es el caso de otras obras de historiadores retóricos, la de Fuentes y Guzmán fue por lo general rechazada debido a su “barroquismo”; logró, sin embargo, mejor evaluación en el tiempo reciente.

De Gavarrete, escritas en 1875, tomamos las siguientes líneas:

“...poco inteligente en los idiomas indígenas, admirador servil y parcial de los conquistadores, y ridículamente engreído de la nobleza de su origen y de su clase, no supo hacer uso de las riquezas que poseyó. Sin crítica, sin plan y con un gusto deprabado, como era el de su

22 Gavarrete, Juan. Guatemala, mayo de 1875. En Fuentes y Guzmán, *Recordación...* (1932-33), Vol. I, anexo al “Prólogo” de J. A. Villacorta.

23 Fuentes y Guzmán. *Obras históricas de...*, (1969), (Tratado sexto), p. 66, nota 1.

24 Fuentes y Guzmán, *Recordación...* (1932), p. 4. Refiriéndose a Bernal Díaz del Castillo.

época, no supo formar otra cosa que un asinamiento confuso de relaciones exageradas o inconexas en que se desfigura muchas veces la verdad histórica en obsequio de la vanidad o miras particulares del autor. Su estilo por otra parte es hinchado, ampuloso, alambicado, y lleno de erudición indigesta y reflexiones destituidas de interés. La **Recordación florida** no tiene otro mérito que el de haber conservado para la posteridad noticias y documentos preciosos que sin ella estarían olvidados.²⁵

En cambio, Carmelo Sáenz de Santa María, si bien admite en su *Estudio preliminar* ya mencionado: "...la lectura de Fuentes a veces resulta difícil: hay giros extraños, locuciones inusitadas, párrafos intrincados; y no se puede negar que el lector experimenta la vaga sensación de que el autor se está riendo de sus vanos esfuerzos por comprenderle..."²⁶, no vacila en reconocer sus aportes como historiador:

"... Con mayor o menor detalle -generalmente con mucho- Fuentes las recorre todas [las comunidades indígenas] y nos da un recuento estadístico de la Guatemala de entonces (...) Ni siquiera la **Descripción geográfico- moral** de Cortés y Larraz, casi un siglo más tarde, lo supera. (...) Esto ciertamente bastaría para dar a la **Recordación florida** un puesto de honor entre los testimonios socio-culturales de mayor importancia en el período colonial".²⁷

Cazadores de artificios y tópicos retóricos pueden darse un banquete con este trabajo y, a la vez, disfrutar de la extraordinaria historia de tiempo tan remoto.

B. *Fray Jacinto de Carvajal O.P. (Venezuela)*

a) *Las Jornadas náuticas*

El manuscrito original de Carvajal lleva un largo título literario aquí resumido como: **Jornadas náuticas continuadas por el capitán Miguel de Ochogavía ...en el descubrimiento que hizo del celebrado río de Apure... 1648**. El mismo se conserva "...desde una fecha no conocida, bien que remota, en el Archivo Municipal de León..." según reza la Advertencia de los editores de la obra en 1892.²⁸ Pascual

25 Gavarrate, *Opus cit.*

26 Sáenz, *Opus cit.*, p. LXIX.

27 *Ibidem*, p. LXIX.

28 El señor Leopoldo Méndez, paleógrafo del Archivo General de la Nación, realizó para nosotros el cotejo del manuscrito con la edición de 1892. El Manuscrito reposa hoy en el Museo Arqueológico Provincial de León.

de Gayangos, investigador y por entonces Director General de Instrucción Pública, comunicó al bibliotecario de la Provincia de León (España), Ramón Álvarez de la Braña, que en uno de sus viajes había encontrado ese manuscrito. Poco después, el 31 de julio de 1883, en el n° 7 de la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, Álvarez de la Braña publicó un trabajo en el cual encomiaba la importancia del texto de Carvajal y la conveniencia de su publicación. Así lo hizo la Diputación, como **Relación del descubrimiento del río Apure hasta su ingreso en el Orinoco**, en su oficina tipográfica, el 31 de julio de 1892. Se trata de una excelente edición, con pocos errores importantes, rara y valiosa.

En 1956, por iniciativa del doctor Miguel Acosta Saignes, se hizo otra edición (Caracas-Madrid, Edime) con el título de **Descubrimiento del río Apure**. Sin embargo, la transcripción, que intentaba ser exacta y en grafía antigua, presentó errores. Contiene un interesante *Prólogo* de Acosta Saignes y son muy útiles sus notas. En 1984, J. Alcina publicó de nuevo la obra (Madrid, Colección Historia), en edición sencilla basada en la edición de León.

b) *El autor y su estilo*

Fray Jacinto de Carvajal nació en Extremadura, España, posiblemente en 1567. Estudió primero en el colegio jesuita de San Hermenegildo y luego en el convento dominico de San Pablo, ambos en Sevilla. Hacia 1594, cuando tenía unos 26 años y era presbítero, abandonó España rumbo a América con otros cuarenta sacerdotes de su Orden. Cumplió diversas misiones en la isla de Santo Domingo cuando fueron presidentes de la Real Audiencia Antonio de Osorio (1601-1607) y Diego Gómez de Rojas y Sandoval (1607...). Se encontraba después en Riohacha –hoy Colombia– y en Cartagena de Indias. Permaneció durante catorce años como capellán en las minas de plata de Mariquita donde lo conoció el presidente de la Real Audiencia de Santafé de Bogotá, Martín de Saavedra y Guzmán y lo llevó como su confesor. Eran los años de entusiasmo por la nueva retórica y por el estilo llamado crítico, adoptado por jóvenes predicadores y escritores en los principales centros intelectuales del Reino.²⁹ Carvajal fue asignado más tarde al convento San Vicente de Mérida de donde pasó a Barinas como misionero, tal vez a los 77 años. Participó en 1644 en una “entrada” (expedición armada) a los llanos de Apure para “sacar” (capturar con violencia) indios y en 1647, a los 80 años de edad, se incorporó a la expedición que debía “descubrir” (en realidad reconocer) parte del río hoy llamado Ruende que comunica los ríos Apure y Orinoco. Se ignora dónde murió el autor.

²⁹ Carta del P. General Mucio Vitelleschi al P. Provincial de los Jesuitas Luis de Santillán, el 20 de febrero de 1632. Citada por Juan Manuel Pacheco, *Opus cit.*, p. 563.

Nada se sabe de su origen familiar, sólo que su madre se llamaba Ana. Durante sus estudios humanísticos en el convento jesuita de San Hermenegildo en Sevilla, tal vez hacia la década de 1580, recibió Carvajal el entrenamiento retórico y la formación en las demás materias, que le permitieron, muchos años después, escribir sus **Jornadas náuticas**. Cabe suponer que no fue ésta la única obra que escribió en su larga vida.

Fray Jacinto de Carvajal vivió cuando el estilo manierista campeaba en las letras y en las artes europeas y puede ser considerado como un exponente del mismo en Venezuela y en América. La época del manierismo³⁰ se originó en la crisis del renacimiento que fue impulsada por el importante cambio demográfico que experimentaron algunas sociedades europeas y por la correspondiente irrupción de lo popular³¹ en ellas. El desarrollo del estilo intelectual, erudito y pretendidamente elitesco fue posible en aquella Europa donde los grupos sociales que disfrutaban de riqueza y educación asumieron actitudes de cierre frente al “vulgo emergente”. Este cierre, expresión de la crisis del humanismo clásico, se manifestó también en las obras de muchos artistas y escritores también en América. Fray Jacinto de Carvajal, por ejemplo, no aspiraba a ser comprendido por su feligresía de aventureros blancos y mestizos pobres, ni por los indios y negros esclavizados; no era para ellos su discurso rebuscado, aunque les dedicó gran parte de su vida misionera y se refiere a ellos con el afecto del humanista cristiano. Buscó mostrar lo maravilloso americano y lo indígena según los cánones de un estilo, destacar los valores de los españoles y criollos de su tiempo y ubicarse entre los escritores.

Pero el texto de Carvajal es de sintaxis muy complicada, el lenguaje afectado y está plagado de *manieras* o artificios relacionados con el tratamiento burlesco de los mitos y fábulas de la antigüedad clásica, fuertes contrastes, atrevidos hipérbaton e hipérboles. Cuanto pusiera a prueba el ingenio fue utilizado por Carvajal para convertir su relación de viaje en una obra de arte literario. Para evaluarla es necesario tener en cuenta los cánones del estilo que Luis de Góngora y Argote (n. Córdoba, España: 1561; m. 1627) desarrolló hasta la excelencia, los mismos que otros ejercitaron con maestría desigual.

c) *La historia: lo peregrino, lo verdadero*

La combinación de crónica y manierismo favoreció una historiografía donde lo imaginario se intercalaba en descripciones y reflexiones dificultando la comprensión. Se requiere prestar especial atención y tener la mente dispuesta

30 Ver: Hauser, Arnold. *El manierismo...*, pp. 31–36.

31 Porqueras Mayo, Alberto. *El prólogo en el manierismo*, (1968), p. 10.

a captar lo real, separándolo de los abundantes artificios que el autor incrusta entre líneas. Más allá de estar alerta frente a las metáforas y el “Olimpo en broma”,³² es importante descubrir también los juegos, pequeñas trampas y acertijos que incorpora el autor. Artificios como éstos cumplían con el requisito de *utile dulce* que Horacio recomendaba a los escritores de obras de historia. Carvajal muestra buen dominio de este recurso retórico pues sus juegos pasan fácilmente desapercibidos; incorpora lo peregrino con la esperanza de engañar al lector, pero deja claves para que el “advertido” descubra el engaño. Por lo menos tres episodios de este tipo se localizan en su crónica.

1. “Comedia” de Ana y Jacinto.

En la Jornada XVII introdujo Carvajal una comedia, con tal habilidad que más de uno ha caído en la trampa y ha valorado el hecho como real; un análisis detallado arroja más de una duda acerca de su veracidad. Ocurrió que los expedicionarios se encontraron sin intérprete en el momento de mayor peligro que enfrentó la expedición debido al encuentro con los habitantes armados de un gran pueblo indígena que conocían por primera vez. Narró Carvajal:³³

“...le dije a una muchacha ahijada mía -que iba en mi servicio con otro muchacho pariente suyo, y que ambos saqué de los llanos yo, bauticé y puse óleos santos, (..)- que si sabía y entendía la lengua de aquella nación del cacique y si a él le entendía, y me dijo que muy bien la sabía y que aquel cacique era de su misma nación de ella y que también entendía las lenguas de las naciones todas que allí estaban, conque nuestro capitán y soldados recibieron crecidísimos gustos y yo doblados más que todos.

Mandó el capitán nuestro que se hablasen los dos y, a los primeros lances, se reconocieron por legítimos hermanos de padre y madre³⁴ conque, a vueltas de recíprocos regocijos no faltaron entre los dos repetidas lágrimas, con admiración nuestra y espanto de los indios todos por ver a su cacique lacrimoso y tierno, si bien por otra parte muy regocijados de ver en poder suyo y tierra propia [a] la hermana de un cacique suyo a quien contemplaban, si no muerta, cautiva y en poder de un comitre (...) ayudándole

32 Carilla, *Opus cit.*

33 En las citas de la obra de Carvajal hemos actualizado sólo la ortografía y la puntuación.

34 En nota marginal añadió Carvajal: “Doña Ana de Carvajal, mi ahijada, es hermana del cacique Tavacare”. En: *Relación...* (1892), pp. 225.

la buena suerte también a mi Jacinto por hallar en la ocasión presente y **comedia** a otro hermano suyo que corría plaza de principal cacique y capitán...”³⁵

El cronista introdujo en el trozo copiado su comedia, con tal verosimilitud que no es posible negarla en todos sus detalles. Lo ocurrido era posible, pero no deja de ser demasiado maravilloso, y la fortuna demasiado puntual. Una cosa es indudable: con este episodio Carvajal logró su objetivo retórico: hacer más agradable la narración.

2. El “emperador” *Tavacare*.

Caso notable es la muy extensa descripción del cacique *paranoa* de nombre *Tavacare*, en la misma Jornada. Ha sido valorada con razón como “brillante” por Miguel Acosta Saignes,³⁶ y lo es no sólo por cuanto tiene de real, sino también por la extraordinaria fusión que el autor logra entre verdad e invención, que la convierte en pieza destacada de una historiografía marcada por el gusto manierista. La pose, actitud, majestad y virtudes del gran cacique evocan seguramente alguna conocida estatua griega o romana, o al personaje central de alguna pintura de la época: el David, el emperador Augusto, Adonis...

“Era de cuerpo agigantado y tanto que, luego que le vi, se me representó la gentileza de Saúl de quien hace memoria el primer **Libro de los Reyes**, capítulo noveno, diciendo que *desde el hombro y hacia arriba sobresalía sobre todas las gentes*:³⁷ delgado de cintura, formados con perfección grande muslos, piernas y pies; lindo rostro, nariz bien labrada, primoroso encaje de rostro, pequeña boca, ojos grandes y negros, la frente ancha y, correspondiente a lo perfectísimo del todo del cuerpo suyo y partes por parejo, el cabello tan crecido que yo mismo hice la experiencia y vi que se explayaba y tendía el grueso mazo de ellos por bajo de la cintura, que traía guarnecida con un primoroso maure tejido con hilos de varios colores y matices, con que ostentaba honestidad grande. Venía en vivos cueros, por no usar ningún género de ropaje ninguna de las naciones que dominan los llanos de Apure y pasean los márgenes suyos y los del arrogante Orinoco. Traía en su cabeza una faja de una hierba con que se tejen todo lo sutil y primoroso que puede imaginarse: estaban en la faja

35 *Ibidem*, pp. 224-226.

36 Acosta Saignes, “Prólogo”, *Descubrimiento...* (1953), p. 164, n.35.

37 En el mss en latín: “...*ab humero et sursum emminebat super omnem populum...*”. En nota marginal: *I Regum*, cap. 9. Ver *Relación...* (1892), p. 219.

que ceñía su frente lazos y embutidos de plumería, varia en sus colores y matices, con que se venía a formar un vistosísimo pirámide, representativo de una tiara pontificia hermoseedada con vistosísimos airones y muy crecidos plumajes que, sacudidos de la brisa, aumentaban la gentileza del galante cacique...”.³⁸

Tavacare, el hombre ideal, parece permanecer estático mientras el retórico lo admira y pinta su retrato. Líneas adelante, aclara Carvajal: “...no le doy nombre de **emperador**...”, lo cual puede ser una clave acerca del modelo en el que pensaba cuando describía al hombre real. Otra pudiera estar al final de su descripción, cuando afirma que el capitán Ochogavía vistió de tal manera al cacique desnudo que “...le vino a reducir a un **Adonis** mismo...”.³⁹ Y no son pocas las descripciones como ésta en las que evoca a Diana Cazadora y otros personajes omnipresentes en el arte y en la literatura de su tiempo. ¡Cuidado, no siempre son meras digresiones!

3. “Martirio” del cacique azotado.

Según narra en la Jornada XXII, Carvajal permaneció en Nueva Cantabria -la incipiente ciudad situada a una legua de la margen del río Orinoco- unos dos meses: el tiempo que Miguel de Ochogavía permaneció en San Tomé de Guayana. Eran los días de Cuaresma por lo que el cronista se comprometió a decir misa y predicar, a cambio de que los vecinos le dieran informes sobre la región. Entre los testimonios que recogió se encuentra la descripción del ritual por el cual los caribe obtenían la *macana*, suerte de “jineta” de madera labrada que simbolizaba su valentía y superioridad; su jerarquía de cacique. Carvajal copió prácticamente a la letra el relato del capitán Lucas García, conocedor de las lenguas indígenas del Orinoco y, no obstante, se filtra en la descripción una sutil evocación religiosa:

...Y le llevan bailando [al que pretende ser cacique] a una plaza por extremo limpia y muy llana, adonde le tienen prevenido un *dure*⁴⁰ guarnecido con pieles de tigres y mucha plumería de varios matices y colores y en él le asientan, volviendo⁴¹ a salir la vieja a cuyo cuidado ha estado la prevención de los regalos y favores dichos, con un azote

38 *Relación...* (1892), p. ...

39 *Ibidem*, pp. 229-230.

40 En nota marginal: “*Dure* es asiento a su usanza con espaldar labrado y guarnecido de plumería, asiento sólo de caciques y capitanes.”. *Relación...* (1892), pág. 341.

41 En: *Relación...* (1892), p. 341. En el *mss*: “...y mucha plumelia de varios matices y colores; en el le asientan y boluiendo a salir la vieja,...”. Volviendo a salir la vieja da inicio a una idea completa; la “y” ha sido desplazada y pertenece a la frase anterior.

de dos ramales del grueso cada uno de un dedo; a este azote le llaman *macuare*⁴² y lo componen de varillas de una palma a quien llaman *moriche*; éstas las amarran o atan fuertemente unas con otras y luego les echan una capa de cera negra, de que hay cantidad mucha por aquellos parajes, y sobre ésta, otra capa de resina, a fuer de brea. Las varillas son largas, cimbreñas y breadas y, de [tal] suerte lastiman los azotes que dan con éstas, que padecen los azotados insufribles dolores y rigurosos martirios. Éstos le esperaban al capitán nuevo a quien la vieja, en el idioma suyo y lenguaje, le volvió a recontar las hazañas de sus antepasados incitándole a él a la imitación de ellas y, después del **sermón** que le ha hecho, le da con aquel *macuare* -que es el azote dicho- dos azotazos al capitán que ha de ser, el cual está sentado en su dure en medio de los convidados **cruzados los brazos e inclinada la vista al suelo** (...) Habiendo, pues, quedado con vida, tenido sufrimiento y ostentado valor en los **martirios** que él ha padecido y yo insinuado, le entregan la macana...”.⁴³

Las últimas líneas evidentemente rememoran la actitud humilde de Cristo después de recibir los azotes al comienzo de su Pasión e introducen en el relato el tema del martirio, que la retórica católica empleó como tópico frecuente para estimular piedad y fe. Era entonces irreverente investir al cacique con la actitud de Cristo.

Los “juegos” anteriores denotan que Carvajal no pretendió ser sólo historiador, sino crear también una obra de imaginación. No tuvo título de Cronista de Indias; fue, en todo caso, cronista de circunstancia, porque se lo pidió el Gobernador de la Provincia de Mérida, Francisco Martínez de Espinoza.⁴⁴ No le preocupaba que sus especulaciones retóricas oscurecieran la verdad histórica o hicieran difícil la comprensión de su relato. Sin embargo, condecorado de las exigencias del oficio, no quiso calificar su obra como historia:

“...no será molesta la lección suya a ninguno de los advertidos lectores, que aspiran a diversiones mudas si parleras, que ambas cosas abraza la lección de cualesquiera libros, a los cuales califican los entendidos sujetos por advertidos, mudos y discretos consejeros que, como tales, hablan callando, que tratan de historias. No le doy título de tal a la mía, por incapaz de tanta gloria, sino el que le toca de sola relación del descubrimiento del celebrado río de Apure hasta el ingreso suyo

42 En nota marginal: “*Macuare* es un azote o rebenque.”. *Ibidem*.

43 *Ibid.*, p. 342. Las palabras en negrillas son nuestras.

44 *Ibid.*, pp. 278-379.

en el explayado de Orinoco, que insaciable bebe las apureñas aguas y sus líquidos cristales, por náuticas jornadas”.⁴⁵

Las relaciones también eran consideradas obras de historia. La humildad que confiesa Carvajal es a la vez auténtica y fingida: en cada página, en cada párrafo, brota la paradoja.

III. Retórica y manierismo en las Letras de América:

Los Jesuitas

En las obras de historia y de literatura, para no mencionar otras áreas del quehacer cultural, son las de los jesuitas las más estudiadas hasta ahora, aunque existen ejemplos de historiadores manieristas en otras órdenes religiosas y también los hay fuera de ellas. Esto se explica no sólo por la importante presencia de esta orden en los asuntos de América, sino también por la necesidad de confrontar y examinar cierta “leyenda negra” que les atribuye haber impuesto un estilo artístico que les habría servido para controlar y manipular las conciencias. Como corolario, suele vincularse a la Compañía de Jesús con el origen y desarrollo del estilo barroco, con su gusto y multiplicación de ciertas imágenes que explotaban la sensibilidad y la credulidad. Los jesuitas han sido también criticados por recurrir a la retórica para implantar la fe. Diversos estudios coinciden hoy en que no existió un estilo artístico anti-clásico propio de la orden, sino que ésta adoptó y reprodujo el estilo que ya se desarrollaba en muchas partes. Se ha desechado también la idea de que existió un estilo único y monolítico que los jesuitas imponían en los lugares donde actuaban. Al parecer, puede hablarse, en cambio, de una estrategia corporativa, de una manera jesuita de hacer las cosas⁴⁶ como campeones de la contrarreforma definida en el Concilio de Trento (1542-1562).

En la América conquistada por España existen buenos ejemplos de historiadores y literatos que escribieron de acuerdo con las pautas del estilo manierista. El presente trabajo menciona sólo algunos literatos criollos de varios países del continente. Tal fue la comunicación de ideas, la copia de textos, el aprendizaje a distancia en aquel tiempo. Carvajal, por ejemplo, permaneció en el antiguo Nuevo Reino de Granada unos veinticinco años (tal vez entre 1615 y 1640) y pudo conocer y tratar a predicadores, oradores y escritores, cultores del estilo en boga.

45 *Ibid.*, pp. 378-379.

46 Gauvin Alexander Bailey, “Le style jésuite n’existe pas”... En: O’Malley et al. *The Jesuits*. (1999), p. 71 y ss.

1. *Lucas Rangel (Colombia)*

(n. Pamplona, Nuevo Reino de Granada, ca. 1594 – m. ?).⁴⁷

Era hijo del capitán español Juan Rincón y de Ana Rangel, y sobrino del beneficiado Esteban Rangel, fundador del colegio jesuita de Pamplona en la Colombia actual. Estudió en el colegio jesuita de San Bartolomé, en Santafé de Bogotá y completó su formación en Quito, con la misma Compañía de Jesús; allí se ordenó sacerdote y adoptó el apellido de su madre. Se sabe que fue catedrático de teología en Bogotá, pero de su obra escrita queda casi sólo la memoria, más no las pruebas: la perdió casi toda en 1640, cuando viajaba a España para imprimirla y barcos holandeses atacaron la flota en la que iba. Rangel sobrevivió al incendio del galeón San Juan con algunas quemaduras. Poco se sabe de él después de 1642. Quedan 5 cartas suyas al padre Rafael Pereira, que residía en Sevilla, además de una **Defensa del desafío que el duque de Medina Sidonia ha hecho al tirano Juan de Verganza** (Braganza) y la **Vida de San Pablo, primer ermitaño**, en versos castellanos, que se conserva manuscrita en la Universidad de México.⁴⁸

Mientras permaneció en el Nuevo Reino el padre Rangel fue reprendido varias veces por las autoridades de la Compañía de Jesús que estaban en desacuerdo con su manera de escribir y con el nuevo estilo que llamaban “crítico” y consideraban poco conveniente para los fines de la iglesia. Fue acusado también de observar “conducta aseglarada”⁴⁹ (propia de seglares), lo que denota el prejuicio de entonces contra el clero secular integrado por criollos. En sus cartas el padre general Mucio Vitelleschi le reclamó su estilo “...poco grave, las palabras afectadas, la alusiones y jugar de los vocablos, todo es ajeno, no de un predicador de la Compañía sino de un clérigo seglar...”.⁵⁰ De la correspondencia del padre Rangel con el padre Pereira transcribimos una descripción, irreverente y humorística, de una corrida de toros en El Retiro:

“...Toreó Cantillana con destreza; pudo ser con desgracia, porque después de haber puesto airosos rejones, le puso el toro el suyo a su caballo hasta la oreja, y el animal huido, con más ferocidad que su contrario, llevó a su jinete dando saltos y corcovos por la plaza con dos vueltas, y al fin paró con la muerte. A otro toreador, don Fulano Gallo, le rascó una pantorrilla otro toro y lo lastimó no

47 Ver el excelente trabajo de Juan Manuel Pacheco, S. J. *Los Jesuitas en Colombia*. (1962).

48 Pacheco, *Opus cit*, cita a Sommervogel, VI, 1439.

49 *Ibidem*, p. 563.

50 Carta de Vitelleschi a Santillan, 30 de enero de 1633. En ARSI, NR et Q. 1, Epist. (Gen. Fol. 107.v. Citada por Pacheco, *Opus cit*.

bien, que nunca lástimas son buenas. Está dos veces herido: en la edad, que es mucha, y en la pierna que no es poca...”⁵¹

Es de lamentar la pérdida de casi toda la obra de quien así podía escribir.

2. *Juan de Toro S. J.*

(n. 1597, Remedios (Antioquia, Nuevo Reino de Granada) - m. 1654, Honda).

Según informa el padre Juan Manuel Pacheco S. J., el padre Toro compartió con Lucas Rangel los años de noviciado en Tunja y, una vez ordenado sacerdote tuvo bajo su responsabilidad dictar las cátedras de filosofía y teología de la Universidad Javeriana, en Santafé de Bogotá. También dio clases sobre la Sagrada Escritura y tuvo entre sus discípulos al doctor Francisco de Borja, tesorero de la Catedral de Santafé, quien después fue su protector y editor. En 1642 el padre de Toro era rector del colegio jesuita de Cartagena; de ese año se conservan cartas que reseñan hechos de la historia de la ciudad. De su famosa oratoria queda un sermón sobre San Ignacio de Loyola, que predicó en el Colegio Imperial de Madrid, publicado por Borja (Zaragoza, 1644) con el título: **Sermon en la solemne fiesta que celebro el Colegio Imperial de la Compañía de Jesus desta Corte, a su Glorioso Patriarca san Ignacio...** Se destaca por la elaboración retórica del mismo basada en un símil que comparaba a los religiosos con piedras redondas, rodantes, muestra del estilo que sus superiores llamaban “abominable”:

“...*Lapides Sancti elevabuntur in coronam*, estas piedras santas serán levantadas, o para que sean adorno de la corona de Dios, o para que a ellas las adorne Dios con sus coronas...”⁵² Recordó su editor de aquellos años⁵³ que este sermón desató los aplausos entusiastas del público madrileño. De esta pieza dice el padre Pacheco: “...Algún tributo paga en él al conceptismo de la época, especialmente en el exagerado simbolismo que da a los textos de la Sagrada Escritura (...) Sin embargo, su frase es clara y armoniosa, y todo el sermón se lee con interés y agrado”.⁵⁴

51 Pacheco, *Opus cit*, cita el Memorial, 16, p. 348. La carta tiene fecha del 4 de noviembre de 1640.

52 Publicado en Zaragoza en 1644 por el doctor Francisco de Borja. *Ibid.*, pp. 569-571.

53 En la “Dedicatoria al capitán y sargento mayor Fernando de Toro Zapata”. *Ibid.*, pp. 569-571.

54 *Ibid.*, pp. 569-571.

3. *Hernando Domínguez Camargo.*

(n. Santafé, 1606 - m. Tunja, 1659).

Como los anteriores, este sacerdote escritor se formó en institutos de la Compañía de Jesús en la actual Colombia; hizo votos en 1623 y completó estudios en Quito. Fue jesuita durante sus primeros años de sacerdocio, pero en Cartagena en 1636 dejó la orden y pasó a ser parte del clero secular. Se desempeñó como párroco de Turmequé en 1652 y más tarde fue cura beneficiado de la iglesia parroquial de Tunja. Nunca vio su obra publicada: su **Poema heroico a San Ignacio de Loyola** se imprimió inconcluso en Madrid, en 1666, pero su editor, el padre Antonio Bastidas lamentablemente lo corrigió: "...Extrañará el poema -confeso- algunas octavas y versos míos, que ha sido forzoso ingerir, porque no saliesen algunos defectuosos".⁵⁵ De Domínguez Camargo es también la **Invectiva Apologética**,⁵⁶ escrita en defensa de su **Romance a la Pasión de Cristo**. Suyas son también: **A la muerte de Adonis** y el soneto **A Guatavita**. De su **Poema heroico a San Ignacio** son estos versos:

Picado el mar, y de soberbia lleno,
cristalino caballo se desboca,
y no cabiendo en su tendido seno,
con las manos y el pecho el cielo toca;
rompe furioso el diamantino freno,
y estrellando su frente en roca y roca,
espuma masca en la fragosa orilla
y escupe los bajeles de su silla.⁵⁷

La obra de Domínguez Camargo fue muy criticada por su "gongorismo", pero actualmente es mejor considerada: Gerardo Diego⁵⁸ sugiere que "...no hay otro poeta tan ceñidamente adicto a Góngora..."; su lectura resulta difícil: "...El esfuerzo constante del verso curvándose en líneas cerradas que recaban para sí la atención, es un obstáculo al goce y a la evidencia de la narración de los sucesos (...) Penetrando en los laberintos del poema, nos hallamos en recodos de encanto y de poesía, cuando no de peregrina extrañeza".⁵⁹ Por su parte, Fernando Arbeláez lo aprecia: "...canta nuestras cosas como gran poeta.

55 *Ibid.*, pp. 572-573.

56 Contiene un soneto *A don Martín de Saavedra y Guzmán*, Presidente de la Real Audiencia del Nuevo Reino de quien fray Jacinto de Carvajal fue confesor tal vez entre los años 1638 y 1649. *Ibid.*

57 San Ignacio de Loyola, lib. 3, canto 4º. *Ibid.*, pp. 576-577.

58 En su Antología poética en honor de Góngora; Pacheco, *Opus cit.*, p. 575.

59 *Ibidem.*

Encasillado dentro de los términos de una escuela, pero con una personalidad que revela sus talentos formidables; (...) dentro de sus paradisíacas alquimias retóricas no se olvida de las pequeñas cosas que lo acompañan...”⁶⁰

Las obras de estos escritores no podían ser leídas con facilidad, fueron creadas para demandar esfuerzo mental, imaginación despierta, disposición para seguir al autor en su elaboración. Aún hoy, cuando los estudiosos tratan de ellas, se ven obligados a traducirlas, a explicarlas, a deshacer sus voluntarias oscuridades.

5. *Juan Bautista Aguirre S. J. (n. Daule, Ecuador, 1725 – m. Tívoli, Italia, 1786)*

Un siglo más tarde, hacia 1790, en Ecuador, otro criollo dejó testimonios de una retórica de mucha categoría aunque tardía, pues esta disciplina del discurso comenzó a declinar a finales del siglo XVII. Juan Bautista Aguirre -nos dice Gonzalo Zaldumbide- estudió en el colegio seminario de los jesuitas de San Luis, en Quito; ingresó en la Compañía cuando tenía 15 años y profesó a los 33, en 1785. Enseñó en la Universidad de San Gregorio Magno donde llegó a tener alguna influencia. Cuando los jesuitas fueron expulsados de España y sus posesiones (agosto de 1767), el padre Aguirre fue a vivir a Italia y allí murió, en Tívoli, en 1786, a los 61 años de edad.⁶¹ De Zaldumbide es el siguiente juicio:

“...De fantasía enfática y elegante, le dio vuelo y auge en la predicación, que tanto se prestaba entonces al ditirambo y al escarceo (...) Tuvo fama de orador (...) Aquel ejercicio retórico, por lo común frío bajo el falso ardor del obligado elogio, cobra en él un fibra, un desembarazo, una rapidez, que están ahí delatando su habitual gusto por el pensar figurado, por la antítesis abundante, y su facilidad de moverse en la abstracción metafórica. (...) Guarda resabios de la época, pero a veces son de lo mejor...”⁶²

De Aguirre, el literato, son los dos párrafos que siguen, sacados de un poema muy extenso:⁶³

¡Áy, Lizardo querido!
si feliz muerte conseguir esperas,
es justo que advertido,
pues naciste una vez, dos veces mueras;

60 En: *La obra poética de Hernando Domínguez Camargo*. “Prólogo”, p. 32. *Ibid.*, pp. 575-576.

61 Gonzalo Zaldumbide, *Opus cit.*, p. 252.

62 *Ibidem*, p. 252.

63 *Ibid.*, p. 273.

así las plantas, brutos y aves lo hacen:
dos veces mueren y una sola nacen. ⁶⁴

Suya es también la siguiente descripción de Montserrat escrita -a imitación de Góngora- en versos que, entre alguno de sus contemporáneos, causaron risa:

Este de rocas promontorio adusto
freno es al aire y a los cielos susto
más que de Giges los ribazos fieros;
organizado horror de los luceros,
cuya excelsa cimera
taladrando la esfera,... ⁶⁵

Conclusión

Invitación

Las páginas anteriores quieren ser una invitación a los estudiosos de estos temas de historiografía y letras para rescatar las obras sobre historia, escritas según la retórica manierista, que pudieran existir en algunos archivos y bibliotecas, principalmente de España y las Américas. Es muy posible que algunas de ellas hayan sido dejadas de lado por su complicada sintaxis y descalificadas por el excesivo adorno y la afectación militante de sus autores. Cada obra se comprende con justeza en su época, medida y evaluada de acuerdo con criterios adecuados. Afinar el juicio crítico para poder separar la historia de la invención es conveniente para apreciar la historia “encriptada” en muchas obras de este tiempo. Puede ser que, -como en el caso de las *Jornadas náuticas*- la historia viva en ellas espléndida bajo la red de artificios que sus autores construyeron.

No se pretende aquí defender aquella manera retorcida y oscura de escribir de historia, ni discutir sobre la calidad estética y literaria de los escritos de historiadores que pudieran comprenderse mejor si se les estudia según las pautas de la historiografía manierista. Sin embargo, si algún aspecto es de admirar, éste es la libertad que existió para la creación ingeniosa, aún dentro de los rígidos cánones del estilo.

Estas obras no fueron populares. Hasta los personajes de la picareza, robados al pueblo que retrataban, eran invenciones intelectuales profundamente

64 De su Carta a Lizardo. Citada por Zaldumbide, *Opus cit*, p. 229.

65 El padre Murillo, discípulo suyo, criticó sus latinismos (argentado, faretrado, ominoso, fatídico) y esta descripción que consideró risible. Zaldumbide, *Opus cit*, pp. 240-241.

elaboradas y no regresaban al pueblo convertidas en libros. ¿Cuántos podían leerlos? Entre mediados del siglo XVI y fines del siglo XVII la humanidad habitó un siglo donde la creatividad se asomó a la locura. En cuanto a la historia, tal vez sólo los cronistas de Indias, los historiadores titulares, más y mejor supervisados, pudieron sustraerse de la fuerza de esta retórica ilimitada.

Bibliografía citada

- Acosta Saignes, Miguel. "Prólogo". *Descubrimiento del río Apure*. Caracas-Madrid, Edime, 1956.
- Carilla, Emilio. *El gongorismo en América*. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Instituto de Cultura Latinoamericana, 1946.
- _____, *El Barroco literario hispánico*. Buenos Aires, Editorial Nova, 1969.
- Carvajal, fray Jacinto de. *Relación del descubrimiento del río Apure*. León, Diputación Provincial, 1892. Citada como *Relación...* (1892).
- _____, *Descubrimiento del río Apure*. Caracas - Madrid, Edime, 1956. Citada como *Descubrimiento...* (1953).
- Fierro Bustillos, Lourdes. *Realidad e imagen de Venezuela en las Jornadas Náuticas (1648) de fray Jacinto de Carvajal*. Caracas, Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central, 1983.
- Figuroa, Francisco de. *Informes de Jesuitas en el Amazonas (1660-1684)*. Iquitos, Perú, CETA-IIAP, 1986.
- Fuentes y Guzmán, Francisco Antonio de. *Obras históricas de Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán*. Madrid, Ediciones Atlas (Biblioteca de Autores Españoles), 1969.
- Fumaroli, Marc. "The Fertility and the Shortcomings of Renaissance Rhetoric: The Jesuit Case". En: O'MALLEY et al. *The Jesuits*. 1999.
- Gavarrete, Juan. Guatemala, mayo de 1875. En: FUENTES Y GUZMÁN, Francisco Antonio. *Recordación Florida...* Guatemala, Biblioteca de los Americanistas, 1932-1933. Anexo al "Prólogo" de J. A. Villacorta.
- Hauser, Arnold. *El Manierismo. (La Crisis del renacimiento y los orígenes del arte moderno)*. Madrid, Ediciones Guadarrama, 1965.
- Herrera Puga, Pedro. *Los Jesuitas en Sevilla en tiempo de Felipe III*. Granada, Universidad de Granada, 1971.

- Ortega, Francisco J. "La Etnobotánica en el descubrimiento del río Apure (1648)." Guanare, mimeo, 1992.
- Pacheco, Juan Manuel S. J. *Los Jesuitas en Colombia*. Bogotá, Editorial San Juan Eudes, 1962.
- Porqueras Mayo, Alberto. *El Prólogo en el manierismo y barroco españoles*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en colaboración con el *Research Council* de la Universidad de Missouri, E. U., (Anejos de la Revista de Literatura, 27), 1968.
- Sáenz De Santa María, "Estudio preliminar". *Obras históricas de Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán*. Madrid, Ediciones Atlas (Biblioteca de Autores Españoles), 1969.
- Simmons, Alison. Jesuit Aristotelian Education: The De Anima Commentaries". En: O'MALLEY et al. *The Jesuits*. 1999.
- Struever, Nancy. *The Language of History in the Renaissance (Rhetoric and Historical Consciousness in Florentine Humanism)*. New Jersey, Princeton University Press, 1970.
- Zaldumbide, Gonzalo. *Cuatro clásicos americanos: Rodó, Montalvo, fray Gaspar de Villarreal y el padre J. B. Aguirre*. Madrid, Edic. Cultura Hispánica, 1951.
- Zucchi, Alberta y W. Denevan. *Campos elevados e historia cultural prehispánica en los llanos occidentales de Venezuela*. Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1979, 176 p.